

Rodilla con rodilla con Fidel



Foto: Ramón Barreras Valdés

Crónica incluida en el libro *Con Fidel la villa fue más clara* (Capiro, 2026), de José Antonio Fulgueiras Domínguez, Premio Nacional de Periodismo José Martí por la obra de la vida, presentado en Santa Clara este 13 de agosto.



Foto: Tomada de Internet

Por José Antonio Fulgueiras Domínguez

Marta Josefina Anido Gómez-Lubián viene de una familia que ha transitado por los siglos xx y xxi, arropados con un traje patriótico y cultural en tránsito gallardo sobre la turbulenta y hermosa geografía de su Santa Clara.

Caminando vistosa por sus 95 años de edad, Marta exhibe radiante la sonrisa perenne, donde la alegría en la faz le borra de sopetón las arrugas que pretenden, sin éxito, poblarle el rostro de piel blanca y cachetes semienrojecidos.

Descubre que nació el 20 de mayo de 1931 en Santa Clara, que lleva su nombre porque su mamá adoraba a la figura de Marta Abreu, la patriota y benefactora de la ciudad. Aprendió la danza a través de la enseñanza de una rusa, y luego fue profesora de Ballet en la Academia que ella fundó el primero de octubre de 1950 y la cual lleva actualmente su nombre. «Siempre he sido participante e investigadora de la cultura popular tradicional», dice y sonríe.

Su historia cubre cualquier estante de una biblioteca espaciosa, pero el ánimo de esta crónica es narrar aquel encuentro que tuvo con Fidel en el primer año de su Revolución liberada.

—Fue en marzo de 1959. Se había remodelado la biblioteca de la Universidad «Marta Abreu» de Las Villas y se decidió ponerle el nombre del mártir Agustín (Chiqui) Gómez-Lubián. Se invitó a Fidel y vino. Yo trabajaba en ese momento en la Universidad como profesora de Ballet y Danza. Fidel llegó desde horas tempranas y entró al recinto escoltado por los padres de Chiqui. El local bibliotecario se dotó de varias exposiciones donde aparecían fotos

del mártir Gómez-Lubián de pequeño y como estudiante. Florecían hojas escritas por él de contenidos poéticos, y acciones revolucionarias en su estancia en la Universidad de La Habana en la carrera de Medicina, entre otros muchos materiales.

Revela Marta que después de la inauguración se preparó un almuerzo en Las Antillas, del Reparto Universitario, frente a la casa de altos estudios.

—Salimos el grupo de nosotros para allá, para ir adelantando. Se colocaron unos tabloncillos largos que hacían de mesa y se ubicaron sillas al lado de los maderos. Nos sentamos y, pasados unos minutos, llegó Fidel acompañado del capitán Antonio Núñez Jiménez, prominente científico y académico que había sido profesor en nuestra Universidad.

Dice Marta que por casualidad Fidel se sentó frente a ella.

—Como los tabloncillos eran estrechos, cuando Fidel se sentó sus rodillas chocaron con las mías. Me dio mucha pena y me eché para atrás en la mesa, pero él se dio por desentendido. Había soñado verlo personalmente y ahora lo tenía sentado frente a mí. Tantas cosas me vinieron a la mente en ese momento, me quedé paralizada y no me atrevía ni a hablar.

Recuerda Marta que en cada puesto habían colocado un vaso de leche producida por las vacas que pastaban en cuarteles dentro del propio reparto de Las Antillas.

—Fidel se tomó el vaso de leche completo y lo puso encima del tablón. Pensé que se había quedado con deseos de tomar más, pues había calor y exhibía, además, la sofocación de haber caminado desde la Universidad hasta este sitio. Entonces le dije: «Comandante, si quiere el mío se lo puede

tomar». «¿No sé lo va a tomar?», me indicó. Hice un gesto negativo con mi cabeza y él se tomó también el contenido del vaso mío. Núñez Jiménez me comentó: «Marta, cuando en enero fui para La Habana, con la columna 8 Ciro Redondo al mando del Che Guevara, fuimos directamente para la Fortaleza de San Carlos de la Cabaña y allí el Che me dio un archivo que pertenecía a Piedra, quien estaba durante la dictadura de Fulgencio Batista al frente del Buró para la Represión de las Actividades Comunistas (BRAC), el cual se especializaba en investigar y eliminar a quienes pertenecían (o pertenecieron alguna vez) al partido marxista-leninista cubano o tenían (o habían tenido) estrecha relación con él. Núñez se había encontrado una carta que el doctor Modesto de Jesús Pineda Cabrera, Secretario General de la Universidad, le había escrito al jefe del BRAC en La Habana, acusando a Agustín Gómez de comunista y que tenía un hijo que le decían el Búho Anido, que ponía bombas en Santa Clara y que su sobrina Marta Anido, en la Universidad, entregaba proclamas del Movimiento 26 de Julio.

Rememora Marta que acto seguido Fidel le preguntó: «¿Y qué consecuencias tuvo aquello para ti?».

—Le respondí: «Bueno, le puedo contar, que yo tenía una academia de ballet y me la registraron en dos ocasiones. Archivaba en mi oficina unas cajas con documentos de partituras de música y al fondo ocultaba unos expedientes del Movimiento 26 de Julio. Cuando ellos empezaron a registrar yo les dije: «Ahí solo hay pliegos de música». Si hubieran seguido hasta el final no sé lo que hubiera pasado».

Marta le contó a Fidel que los sicarios de la tiranía de Batista habían registrado su casa tres veces:

—Yo escondía los rollos fotográficos enviados por lo fotógrafos de la guerrilla del Che que estaban en el Escambray, Minas Bajas, sobre las acciones del Ejército Rebel-

de. Las llevaba a un local, frente al parque Leoncio Vidal, donde revelaban fotografías. Escondía los rollos revelados debajo de las placas de los conmutadores para encender la luz eléctrica. Agarraba un destornillador, quitaba la placa y quedaba un hueco. Allí metía los bonos del 26 de Julio que me entregaba la tesorera del Movimiento y los rollos de fotografía. A Fidel le causó curiosidad. «¿Y cómo es eso?», insistió el máximo líder de la Revolución. «Mire, Comandante, cuando hacen el conmutador de la luz eléctrica en las habitaciones, en la sala o el comedor, queda un hueco y en el caso de mi casa tenía buen espacio adentro». Fidel expresó: «Inventaste una cosa nueva». Y hondó: «¿Y cómo lo hacías?». Otra vez se lo expliqué. «Pues mira que inventaste algo muy bueno. Yo no lo hubiera imaginado», acotó el Comandante.

Descubre que mientras desarrollaba la charla con Fidel trajeron el almuerzo y sobre el plato rebozaba un bistec de berenjena empanado. Fidel fue el primero en probarlo y alabó: «¡Qué sabroso está esto!».

—Uno de los cocineros le explicó: «Este plato se adoba igual que se adoba la carne: con limón, sal y se le echa un poco de comino. Después se empaniza con pan rallado». Entonces el Comandante prorrumpió: «Es delicioso, ¡hay que comer bistec de berenjena!».

Resume Marta que para ella constituye el mayor mérito de su vida que Fidel la felicitara por la ocurrencia que tuvo como luchadora clandestina.

—Fue la única vez que tuve la oportunidad de hablar con Fidel, de haberme sentido rodilla con rodilla con el Comandante y de brindarle mi vaso de leche.

Entonces la legendaria Marta Anido se pasa la mano educadora por su cabello encanecido, y una luz entra por una esquina de la ventana, le ilumina el rostro y aparece, sin pretenderlo, la felicidad en una sonrisa.